

ción de la fuerza puesta á las órdenes de este funcionario, advertencia que es un paso hácia la centralización de la policía local en las manos del ministro del Interior. Al mismo tiempo vemos realizar ó proyectar otras formas de extensión de los poderes públicos, para reemplazar ó limitar la acción privada: por ejemplo, «la dotación de pesquisas», que ya en parte se sacaba de fondos del Estado, y que se quiere aumentar; el proyecto de ley de matrícula de los profesores autorizados, el bill que estatuye una inspección general de bibliotecas locales, el proyecto del seguro obligatorio, con lo que se vé de una manera curiosa, cómo gana terreno la política reguladora. La caridad obligatoria engendró la imprevisión; por eso se propone como remedio á ella el seguro obligatorio. En el aumento de la solicitud de ciertas formas de protección, y en los lamentos que exhalan las hojas mundanas á propósito del desuso del duelo, se revelan efectos de la inclinación hácia las instituciones correspondientes al tipo militar. Aun en aquella parte que por su posición y por su cargo es hostil al militarismo, vemos que adquiere prestigio la disciplina militar; en efecto, el sistema de los *caucus* establecido para dar mejor organización al liberalismo, da necesariamente por resultado el centralizar más ó menos la autoridad, y dirigir la acción del individuo.

No solo vemos que los rasgos dados *a priori* como caracteres del tipo militar, existen constantemente en sociedades que son de una manera permanente muy militares, sino que vemos también que en otras sociedades, el crecimiento de la actividad militar va unido al desarrollo de estos rasgos.

Unas veces he afirmado, y otras admitido implícitamente, la existencia de una relación necesaria entre la estructura de una sociedad, y la naturaleza de sus miembros. Bueno es examinar en detalle los caracteres que pertenecen en propiedad á los miembros de una sociedad militar típica, y que habitualmente manifiestan.

En igualdad de circunstancias, una sociedad será afortunada en la guerra según estén dotados sus miembros de vigor corporal y de valor. En suma, entre las sociedades en lucha, se verá subsistir y prosperar á aquella cuyas facultades físicas y mentales requeridas para el combate, no solo están más acentuadas, sino también más honradas. Las esculturas y las inscripciones de Asia y de Egipto nos prueban que la valentía era estimada como la virtud por excelencia y la más digna de memoria. Grote observa que las palabras bueno, justo, etc., para los antiguos Griegos significaban hombre bien nacido, rico, influyente, audaz, que tiene el brazo fuerte para destruir y proteger, cuales-

quiera que pudieran ser sus sentimientos morales; mientras que el epíteto contrario, malo, indica al hombre pobre, de baja procedencia, débil, cuyas inclinaciones aun siendo siempre virtuosas, no son objeto de esperanza ó de temor para la sociedad (1). La sinonimia de las palabras virtud y bravura en los Romanos, os ha hecho pensar otro tanto. Durante las tormentosas épocas del comienzo de la historia de Europa, el carácter caballeresco que era el carácter honroso, suponía primitivamente el elemento de la intrepidez: fuera de este carácter no se estimaba ninguna otra buena cualidad, sino que ésta hacía perdonar más de una clase de faltas.

Si algunos de los grupos antagónicos de hombres primitivos toleraban más que los otros la muerte de sus miembros; si unos ejercían el talion mientras los otros se abstendían de hacerlo, los que no tomaban represalias, atacados sin cesar impunemente, habían de desaparecer ó refugiarse en puntos poco apetecibles. De aquí la permanencia de las razas vengativas. Además, la ley de talion, tomando primitivamente origen entre grupos antagónicos, se convierte en ley hasta en el seno del grupo; del principio general del talion provienen en todas partes guerras crónicas entre las familias y los clans que las componen: vida por vida. Bajo el régimen militar la venganza se convierte en una virtud, y es una desgracia el carecer de ella. Entre los Fijianos que excitan la cólera, no es raro ver como un hombre recurre al suicidio antes que vivir bajo el peso de un insulto. A veces el fijiano al morir, lega á sus hijos el deber de vengarle. Véase á los Japoneses en el extremo Oriente. Se les enseña que «un hombre no puede vivir bajo el mismo cielo que el matador de su padre; que nunca debe tener necesidad de ir á su casa por un arma para herir al matador de su padre; que un hombre no puede vivir en el mismo país que el matador de su amigo (2)». La Francia es un ejemplo de estas costumbres, en la Europa Occidental, en las épocas feudales: la costumbre exigía que los parientes de un hombre muerto ó herido tomaran represalias en algún pariente del agresor, hasta en aquellos que vivían en un sitio lejano y nada sabían del hecho. En la época de Brantôme reinó este espíritu hasta el punto de que un eclesiástico, prescribiendo á sus sobrinos por testamento el vengar los agravios no satisfechos que había recibido en su vejez, les dirigía estas palabras: «Puedo vanagloriarme, y por ello doy gracias á Dios, de que nunca recibí una injuria sin

(1) Grote. *Histoire de la Grèce*.

(2) Mitford. *Tales of old Japon*. 1, 32.

vengarme de ella en su autor (1).» Por do quiera que el militarismo es activo, la venganza privada lo mismo que la pública se hace un deber. Se la vé hoy día entre los Montenegrinos, pueblo en guerra desde hace siglos con los Turcos. «En el Montenegro, dice Bocié, cuando un hombre de una patria (clan) ha matado á un individuo de otra, se dice: esta natria nos debe una cabeza, y es necesario que esta deuda se pague, porque lo que no se venga tampoco se arregla (2).»

Cuando la actividad empleada en destruir enemigos dura desde mucho tiempo, esta destruccion se convierte en un manantial de placer; cuando el buen resultado obtenido destruyendo á los semejantes aventaja á todos los honores, se origina en el ejercicio en grande del arte de matar, una nueva causa de placer: el orgullo que inspiran los despojos de un vencido incita el desprecio para con los derechos de propiedad en general. Como no es creible que un hombre valeroso ante el enemigo, sea débil ante los amigos, es increíble que los sentimientos favorecidos con las luchas perpétuas en el exterior, dejen de entrar en juego en el interior. Vimos que con la persecucion de la venganza en el exterior de la sociedad, va la de la venganza en el interior; todos los demás hábitos de ideas y acciones que la guerra continúa necesita, deben manifestar sus efectos en la vida social en general. Hechos sacados de la historia de diferentes países y de épocas distintas, prueban que en las sociedades militantes se tienen en poco los derechos á la vida, á la libertad y á la propiedad. Los naturales de Dahomey belicosos hasta el extremo de que uno y otro sexo usen las armas, y quienes, sino ahora, no ha mucho tiempo aun, emprendian expediciones anuales para cazar esclavos á fin de «rellenar el tesoro real (3);» los naturales de Dahomey manifiestan sus sanguinarias aficiones en sus fiestas anuales, en las que degüellan á innumerables víctimas para diversion del pueblo. Los Fijianos cuyas ocupaciones y sistema de organizacion son enteramente militares, que demuestran su indiferencia por la vida, no solo matando á personas de su familia para abastecer sus festines de caníbales, sino sacrificando víctimas á propósito de cualquier cosa, como por ejemplo para celebrar el acto de botar al agua una canoa, estiman tan de moda la ferocidad que se glorian de cometer un homicidio. Los antiguos relatos de los asiáticos y de los europeos nos atestiguan la existencia de esta misma relacion. Lo que de los primi-

(1) Cornhill Magazine, XXVII, 1873, 72.

(2) Boué. *La Turquie en Europe*, II, 86.

(3) Forbes. *Dahomey and the Dahomans*, I, 20.

tivos Mogoles se nos cuenta, quienes pasaron á cuchillo á los pueblos occidentales en masa, nos prueba que estaban formados por un régimen de violencia crónica, lo mismo en el interior de sus tribus, que en el exterior. La costumbre del asesinato entre parientes, que desde un principio ha sido uno de los caracteres de los belicosos turcos, lo es hoy tambien. La prueba de que así sucedia en las razas latinas y griegas la hallamos en la matanza de dos mil Ilotas por los Espartanos, pueblo de brutales costumbres, y en la muerte de un gran número de ciudadanos sospechosos para los recelosos emperadores romanos, quienes lo propio que sus súbditos, manifestaban placer á la vista de la sangre que corria en el circo.

De ahí se sigue necesariamente que cuando no se respeta la vida, se tiene en poco la libertad: los que no vacilan en dar fin á la actividad de otro por medio de la muerte, ménos vacilarán aun en restringirla reduciéndola á esclavitud. Los belicosos salvajes que esclavizan á sus prisioneros cuando no se les comen, manifiestan generalmente este desprecio por la libertad de sus semejantes que es el carácter de los miembros de las sociedades militantes en general.

Hay un hecho que demuestra cuan poco se revelan los sentimientos contra la costumbre, de privar al hombre de su libertad, bajo el régimen militar más ó ménos marcado de las primeras sociedades históricas; y es el de que, la misma enseñanza del cristianismo primitivo no hacia ninguna condena expresa de la esclavitud.

Como es natural, otro tanto sucede con el derecho de propiedad. Cuando es honroso establecer por la fuerza su dominio, hay pocas probabilidades de que el más fuerte respete el derecho de propiedad del más débil. En las islas Fiji, se mira como acto digno de un jefe el de apoderarse de los bienes de un súbdito; el robo es honroso si no se descubre. Entre los Espartanos, «el merodeador ingenioso y afortunado, se hacia aplaudir al enseñar su botín (1).» En la Europa de la Edad Media, con el pillaje habitual que una sociedad ejercia sobre otra, habia perpetuas rapiñas en el seno de la misma sociedad. En tiempo de los merovingios, «las muertes y los crímenes relatados en la *Historia Eclesiástica*, casi todos reconocen por causa el deseo de apoderarse de los tesoros de las víctimas (2).» En tiempo de Carlomagno, los oficiales reales robaban sin cesar: así que el emperador volvia la espalda «sus prebostes se apo-

(1) Thirhwall's. *History of Grece*, Larimer's *Cyclopaedia*, I, 329.

(2) Ampère. *Histoire litteraire de la France avant le XII siècle*, II, 305.

deraban de los fondos destinados á asegurar el sustento y el vestido de los artesanos (1).»

Cuando es constante la guerra y las cualidades que exige son las más necesarias y por lo tanto las más honradas, aquellos cuyas ocupaciones no dan prueba de estas cualidades son tratados con menosprecio y considerados sus ocupaciones como poco honrosas. En los tiempos primitivos el trabajo es ocupacion de las mujeres y de los esclavos, de los vencidos y sus descendientes; los oficios, cualquiera que sea su género, ejercidos por los vasallos, quedan unidos mucho tiempo á la bajeza de origen y naturaleza. En Dahomey «se desprecia á la agricultura porque se ocupan en ella los esclavos (2).» — «En el Japon, los nobles y los empleados, aun los de categoría secundaria miran con soberano desprecio el comercio (3).» Segun Wilkinson entre los antiguos Egipcios «las prevenciones del soldado contra el trabajo corporal, eran tan fuertes como en Esparta (4).» Rawslon escribe, que «los antiguos Persas acostumbraban manifestar el mayor desprecio por los oficios y el comercio (5).» El progreso de la diferenciacion de clases, que fué una consecuencia de la conquista romana, agravóse desde el momento en que fué regular el considerar vergonzoso admitir dinero por su trabajo, como tambien por la ley que prohibió á los senadores y á sus hijos el dedicarse á los negocios. No necesitamos dar pruebas del desden profundo de la clase militar para con las industriales en toda Europa hasta una época muy reciente.

Para dar su vida voluntariamente en beneficio de la sociedad, se necesita gran cantidad del sentimiento llamado patriotismo. Cierto que no puede decirse que sea esencial el creer gloriosa la muerte por la patria, puesto que los mercenarios se baten sin ello, pero es evidente que esta creencia es en la guerra una causa de éxito, y que la falta de ella es tan desfavorable á la accion ofensiva y defensiva, que bajo condiciones iguales es probable que sea causa de descalabro y de servidumbre. De donde se sigue que el sentimiento de patriotismo se implante de ordinario con la supervivencia de las sociedades cuyos miembros lo poseen más.

A estos caracteres hay que añadir el sentimiento de la obediencia. La posibilidad de la accion comun, que en igualdad de circunstancias produce el éxito

(1) Henri Martin. *Histoire de France*, II, 448.

(2) Burton. *Abecokuta, etc.* II, 248.

(3) *Manners and Customs of Japon*, 34.

(4) Wilkinson. *Manners and Customs of the Ancient Egyptians*, I, 189.

(5) Rawslon. *Five Ancient Monarchies*, IV, 202.

en la guerra, depende de la prontitud con que los individuos subordinan su voluntad á la del capitán ó soberano. La lealtad es una cosa esencial. En las primeras edades de la historia, este sentimiento aparece pocas veces: entre los Araucanos, por ejemplo, que generalmente «muestran repugnancia á toda subordinacion; pero que al primer indicio de guerra están prontos á obedecer y someterse á la autoridad de su jefe militar (1)» elegido para el caso. A medida que el tipo militar se desarrolla, se hace permanente este sentimiento. Los Fijianos, nos dice Erskine, son de una fidelidad absoluta: los hombres que se entierran vivos en los cimientos de la casa del rey, se tienen por honrados con ser elegidos para este sacrificio; y la gente de un distrito subyugado «dicen que es deber suyo el de servir de comida y de víctima á sus jefes (2).» En Dahomey, el rey inspira un sentimiento que es «una mezcla de amor y miedo, algo así como una adoracion (3).» En el antiguo Egipto, donde la obediencia ciega era el aceite que hacia marchar concertadamente todos los engranajes de la máquina social, los monumentos nos ofrecen por todas partes la repeticion enojosa de actos diarios de subordinacion de los esclavos y otras personas hácia el personaje fallecido, de los cautivos hácia el rey, del rey hácia los dioses (4). Aunque por las razones que ya dí á conocer, la guerra crónica no diera en Esparta por resultado el crear un gobierno de una sola cabeza á quien pudiera mostrarse una obediencia exclusiva, no por ello es ménos cierto que la obediencia concedida á la autoridad política, tal como la historia la creara, era profunda: la voluntad del individuo se subordinaba en todo á la voluntad pública expresada por las autoridades establecidas. Tambien en la Roma primitiva, á falta de un rey de origen divino á quien se pudiera demostrar sumision, se atestiguaba al rey electo, sin otra reserva que la de la opinion pública en circunstancias especiales. El principio de la obediencia absoluta ligeramente suavizada en las relaciones entre la comunidad tomada en su conjunto, y su gobierno era absoluto en los grupos que componian el pueblo romano. En toda la historia de Europa, en vasta ó pequeña escala, vemos reinar el sentimiento de lealtad por donde quiera el tipo militar está acentuado; no hay necesidad de entrar en detalles para dar pruebas de ello.

Dejemos estos caracteres salientes para pasar á otros que son consecuencia

(1) G. A. Thompson. *Alcedo's geogr. and historical dictionary*. I, 406.

(2) Erskine. *Journal of a Cruise etc.* 461.

(3) Dalze'. *History of Dahomey*. 69.

(4) Brugsch. *History of Egypt*. I, 53.